

*Razón y lenguaje en la perspectiva del fin de siglo**

Wenceslao Castañares

Razón y lenguaje constituyen una de las parejas más antiguas de la reflexión filosófica occidental. En su origen, la indivisibilidad de su vínculo fue tal que un mismo término, *logos*, servía para denominar a ambos miembros. No cabe pensar, sin embargo, en la fácil imagen de un matrimonio bien avenido. Si, como demandan los tiempos, hubiera que recurrir a una imagen visible, quizá Atenea surgiendo de la cabeza de Zeus fuera más adecuada; por más que (la imagen muestra siempre sus límites) no sea fácil decidir si Zeus es razón o lenguaje. A pesar de tan estrecha relación, su historia es más bien extraña. La razón helénica estuvo ocupada durante centurias, primero, por comprender el mundo y, después por entenderse a sí misma. Sólo tras más de dos milenios y medio acaba redescubriendo su naturaleza lingüística y, como suele ocurrir en los procesos de conversión, a partir de ese momento ningún problema puede concebirse ya si no es a través de la óptica del lenguaje. Mundo y sujeto

* Carlos Nieto Blanco, *La conciencia lingüística de la filosofía. Ensayo de una crítica de la razón lingüística*, Madrid, E. Trotta-Fundación Marcelino Botín, 1997.

La balsa de la Medusa, 44, 1997.

—en otros momentos objetos de atención preferente— han terminado siendo dos leves fantasmas sólo visibles a través del lenguaje.

Una de las cosas que Carlos Nieto Blanco ha querido contar es la historia de cómo la razón toma conciencia de su naturaleza lingüística. Esta toma de conciencia es, por un lado, la recuperación de una memoria, la de origen; pero también la asunción de su historia. El «giro lingüístico de la filosofía» es una consecuencia lógica, la desembocadura natural, del desarrollo evolutivo de la razón moderna. Ambas referencias constituyen el antecedente necesario para una correcta comprensión de la «historia de la conciencia lingüística». La primera parte de su libro es por eso un recorrido selectivo por la historia de la filosofía, desde Platón a Nietzsche, en pos de la recuperación de la memoria y de la justificación de por qué hemos llegado a esta situación.

La segunda parte constituye el tema básico y, consecuentemente, el más extenso del trabajo: seis capítulos dedicados al examen de las que considera principales aportaciones. Wittgenstein, la filosofía analítica y la filosofía del lenguaje ordinario, el pragmatismo y neopragmatismo americano, Heidegger, la hermenéutica y la obra de Habermas.

Como toda narración, esta historia tiene su propia perspectiva. Está acertado R. Rorty cuando afirma la existencia de dos «fuentes» en la filosofía del lenguaje de nuestro siglo. La primera de esas fuentes lo constituye el conjunto de temas (entre los que encontraría un lugar estelar los de «verdad», «significado», «necesidad»,

«nombre») apuntados por Frege y examinados después por Wittgenstein en el *Tractatus* y por R. Carnap en *Meaning and Necessity*. Estos temas vendrían a ser el «objeto material» de la filosofía «pura» del lenguaje. La segunda fuente, que daría lugar a una filosofía «impura» del lenguaje, se ocuparía más bien de mantener el intento kantiano de ofrecer ante todo una teoría del conocimiento. Considero que, tal como se han desarrollado los acontecimientos, no constituye un abuso interpretativo afirmar que la segunda ha terminado por imponerse a la primera. La filosofía del lenguaje, más que un intento de plantear de otra manera ciertas cuestiones, ha terminado siendo el nuevo campo de batalla en el que se han tratado de dirimir viejas cuestiones.

Si nos atenemos a la perspectiva que nos ofrece Nieto Blanco este hecho es incontrovertible: la primera de las fuentes apenas encuentran acomodo en su historia. De esta manera se nos prepara para lo que podemos encontrar en la tercera parte de la obra. La clara adscripción del autor a la perspectiva kantiana venía prefigurada en el subtítulo de la obra: aunque concebida en gran parte como una obra histórica su pretensión última es realizar una «crítica». Pero la intención kantiana es asumida sólo en parte, porque si bien se trata de plantearse nuevamente las exigencias críticas de la razón, habrá que hacerlo de acuerdo con las nuevas exigencias. Esto significa redefinir el proyecto kantiano tanto desde el punto de vista del contenido como desde el metodológico. Desde el primero significa el reconocimiento explícito de que es en

el lenguaje donde se nos da el conocimiento, el mundo, el sujeto, la acción y el sentido. Desde el segundo, significa reconocer la necesidad de reexaminar las consecuencias que ello tiene desde el punto de vista de la epistemología (es decir, del conocimiento), de la ética (del valor) y de la ontología (del ser).

El ejercicio de la crítica no tiene lugar en el vacío. Nunca es neutral; siempre es necesario tomar partido. Ante esta situación, nuestro autor no tiene inconveniente alguno en reconocer una actitud que, por seguir de nuevo las sugerencias de Rorty, podríamos llamar más «constructiva» que «terapéutica». Una posición que como la de Apel cabe llamar «hermenéutico-trascendental». Esta posición «al instituir un ámbito reflexivo y atorreflexivo hecho desde el propio lenguaje no tiene necesidad de decretar la muerte de la filosofía para convertirla en un género literario cultivado por mentes refinadas, aunque enquistadas en el pasado. Pero tampoco se abraza a la espera que impone la ausencia del ser. Sigue siendo filosofía, pero desde una conciencia lingüística» (p. 284).

No puede sorprender, por tanto, que, cuando se trata de concretar estos principios en el campo de lo moral, se opte por la defensa de una ética discursiva de corte claramente apeliano, que quiere de alguna manera moderarse con el reconocimiento del «atrevimiento nietzscheano» y la imposibilidad, en muchas ocasiones, de ir más allá de la ironía (pp. 312-313). Para ser consecuente hasta el final con el espíritu kantiano, aunque no de forma absolutamente explícita, ronda una pregunta de futuro: ¿qué

nos cabe esperar? La respuesta del autor es en este caso más intimista de lo que cabría suponer.

El último capítulo es una recopilación de reflexiones «personales» en torno a cuestiones ampliamente debatidas como la discursividad, la significatividad, la especularidad, la reflexividad o la dialecticidad del lenguaje. El final es chocante tanto por el título derridiano de la sección («Márgenes») como por la forma de un discurso, de estilo aforístico, que por momentos nos recuerda a autores tan paradigmáticamente «terapéuticos» como lo son Nietzsche o Wittgenstein. Es quizá la forma de reconocer que el futuro nunca es fácil de predecir.

El siglo, el milenio, llega a su fin y la situación actual empieza a exigirnos de forma cada vez más apremiante el abandono de ese «prejuicio lingüístico» que ha dominado la reflexión de este siglo. Si el problema de la representación ha estado en el centro del debate, hay que preguntarse por

qué se ha limitado al tipo de representaciones que el lenguaje nos proporciona. Los procedimientos que la técnica pone al servicio de la comunicación se han sofisticado hasta extremos que hasta no hace mucho sólo eran pensables en contextos muy imaginativos. Este hecho está asociado al desarrollo de representaciones no lingüísticas que esa misma tecnología ha propiciado. Si tenemos en cuenta lo ocurrido en otros momentos históricos con la introducción de tecnologías de la comunicación y el saber como la escritura y la imprenta, hemos de concluir que todo ello va a producir inevitablemente cambios que afectarán no sólo al uso de las representaciones, sino a la razón misma que las gobierna.

Pero esa es ya otra historia, que, además, aún no puede escribirse. La que nos cuenta Blanco Nieto sólo podía referirse a lo que ha ocurrido hasta ahora. Y está bien contada.